

# ANTOLOGÍA

TALLER DE ESCRITURA  
AUTOBIOGRÁFICA



Universidad de Costa Rica  
Sede de Occidente

CIDICER







# **ANTOLOGÍA**

TALLER DE ESCRITURA  
AUTOBIOGRÁFICA

Universidad de Costa Rica  
Sede de Occidente

CIDICER

Escritura y movimiento dancístico como escenario potencial  
para la construcción autobiográfica en personas adultas  
mayores

Universidad de Costa Rica  
Sede de Occidente

Centro de Investigación sobre Diversidad Cultural y Estudios  
Regionales (CIDICER)

**Equipo de investigación:**

Lic. Damián Herrera González  
Licda. Andrea Molina Ovares

**Asistente:**

María José Badilla Marín

**Con la colaboración de:**

Jimena Crespo Trejos  
Ana Victoria Herrera González  
Eliu Espinoza Rodríguez

**Diseño y diagramación:**

Loana Villanueva Del Valle

**Agradecimientos a:**

Centro Cultural e Histórico José Figueres Ferrer

2021



# PRÓLOGO

El libro que está en sus manos representa una cosecha de vivencias y deseos, que hoy encuentran un lugar para ofrecerse como alimento a las personas que amamos la escritura y la historia. Sus páginas nos confían los recuerdos e inquietudes de un grupo de escritoras cuyo amor a la lectura y la escritura, que les ha acompañado a través de su vida, toma forma en esta serie de relatos autobiográficos.

Encontrará en este recorrido imágenes que nos transportan hasta 80 años hacia el pasado, entre juegos infantiles, luchas contra las condiciones adversas y reflexiones sobre las diferentes etapas de la vida. Estas historias nos regalan la oportunidad de conocer sobre el ayer, pero sobre todo, nos transmiten la sabiduría de un grupo de personas que hacen de su existencia una poesía.

El proyecto “Escritura y movimiento dancístico como escenario potencial para la construcción autobiográfica en personas adultas mayor”, del Centro de Investigación sobre Diversidad Cultural y Estudios Regionales (CIDICER) de la Universidad de Costa Rica, agradece al escritor y las escrituras de este libro por su contribución a la investigación sobre la relación entre el arte y el psicoanálisis; así como el aporte a la cultura que significan sus escritos.

Damián Herrera González



## **CONTENIDOS**

<b>Ada Hernández Rodríguez</b>	
Una parte de mi vida .....	13
El foco .....	16
<b>Ana Victoria Orellana Zúñiga</b>	
La ventana .....	19
Atareco .....	22
<b>Luz Mary Montero Blanco</b>	
Un calabazo lleno de amor .....	25
A la orilla del mar .....	28
<b>Sonia Hernández Sánchez</b>	
El lapicero de tinta negra .....	33
El amparo .....	36
<b>Hilda Bogantes Hidalgo</b>	
Vagos recuerdos de mi niñez .....	39
La muñeca negra .....	42
<b>Guillermo Hernández Miranda</b>	
Lo viejo .....	45
Los paseos de nuestros tiempos .....	46
Trabajos de tripulantes en lancha .....	48
<b>Rosa María Mora Villalobos</b>	
Historia I .....	51
Historia II .....	54
<b>Marielos Vargas Umaña</b>	
La gata Narcisa .....	59
Monólogo recuerdos de una niña .....	62

**Ada  
Hernández  
Rodríguez**

## **Una parte de mi vida**

Hace ochenta y dos años, el 24 de diciembre de 1937, llegué al hogar de Óscar Hernández y Mélida Rodríguez, fui la primera de nueve hermanos.

Los primeros años de mi vida fueron muy felices en un ambiente campesino rodeada de cafetales, un potrero donde habían árboles de guayaba de los cuales yo disfrutaba sus deliciosos frutos, un río cercano donde, además de lavar la ropa, me bañaba y disfrutaba de sus frescas aguas por horas.

A los seis años ingresé a la escuela, estaba muy ilusionada, pronto aprendí a leer y a escribir, me sentí inmensamente feliz. También, empezaron mis primeras responsabilidades, hacer las tareas y estudiar. Mi papá se encargó de poner en mis manos toda clase de libros que yo devoraba: historietas, novelas como Mujercitas, Marianela y otros que escapan de mi memoria; estos libros me ayudaron a crecer y amar la lectura.

Cuando volvía de la escuela papá revisaba mi cuaderno y me hacía escribir hasta veinte veces las palabras mal escritas y estaba pendiente de que hiciera la tarea.

También empezaron mis primeras responsabilidades en el hogar: por ser una familia de escasos recursos mi mamá también trabajaba para ayudar a papá, quien era jornalero y su salario no alcanzaba, ella lavaba ajeno en el río, planchaba con

planchas de hierro que calentaba en brazas, cosía ajeno en una máquina de pedal que le prestaba mi abuelita, tejía y los fines de semana hacía tamales y cajetas para vender en la pulpería. Todo eso para que no nos faltara lo indispensable.

También guardaba algo para que en Navidad tuviéramos regalos como ropa y juguetes. A mí me tocaba cuidar a mi hermanita menor y, generalmente, no podía jugar a menos que el chiquito se durmiera. Siempre estaba mojado porque no había calzón plástico, menos pañales desechables. Yo permanecía mojada todo el día hasta que en la noche mamá me daba ropa seca y un pañito para que me limpiara. Las noches eran muy lindas mientras mamá cocinaba maíz, frijoles o tostaba café en un fogón de leña. Papá, en una banca de la cocina, nos contaba bellas historias fantásticas que al final tenían una moraleja con la que nos inculcaba valores, los cuales aún perduran y yo traté de pasar a mis hijos.

## El foco

Hola, soy un foco rojo y cabezón, mi función es muy importante porque proporciono paz y tranquilidad a mi dueña, quien se muere de miedo cuando en las noches se va la luz.

Hace muchos años, el esposo de ella se dio cuenta de que le daba pánico la oscuridad y, aunque en su cuarto no hay ninguna luz encendida, esta entra a través de la ventana, proveniente de un mercurio que se encuentra al frente de la casa. Por eso, cuando se va la luz, la habitación queda completamente a oscuras. Mi dueña automáticamente se despierta con mucho pánico.

Su esposo me trajo de regalo para que me tuviera a mano y así poder calmar su miedo. Con ella he pasado momentos muy duros durante más de diez años; sus manos ansiosas se posan sobre mí con desesperación y siento la paz que calma su ansiedad cuando mi rayo de luz atraviesa la oscuridad.

Ella está atenta a recargar mi batería para que siempre esté listo cuando me necesite. Solo trabajo en las noches, durante el día permanezco en una gaveta. Pero no crean que solo he vivido momentos desagradables y tristes. Una mañana a mi dueña se le olvidó guardarme y me dejó sobre su mesita de noche, de pronto, ¡qué delicia! Unas manitas pequeñas y tibias se posaron sobre mí, su contacto suave, como cosquillitas, empezó a recorrerme todo. Cuando descubrió el interruptor y pudo encenderme, lanzó un grito de alegría que me hizo experimentar algo bello que debe ser felicidad. En ese momento llegó mi dueña y le pidió a su lindo nietecito de tres años que me devolviera y volví a la gaveta donde paso todo el día. Fue la mejor experiencia de mi vida.

Esa es mi historia y me siento feliz pudiendo ser útil cuando me necesiten. Me pregunto: ¿En qué manos quedará cuando mi dueña se marche de este mundo? Ojalá sea en las de un niño.

**ANA  
VICTORIA  
ORELLANA  
ZÚÑIGA**

## La ventana

Nací en Puntarenas en 1952, en el Barrio El Carmen. Me crié como cualquier niña de mi edad, jugando en las calles bate con bola —el bate era un pedazo de palo y la bola era de trapo—, bañándome en la playa, recogiendo almejas para que mi mamá nos hiciera un arroz con almejas delicioso. También jugábamos quedó, era un juego que a quien le tocaba tenía que tocar a alguien más, esa persona seguía tratando de tocar a otras y todos corríamos, niños y niñas juntos sin ninguna malicia, porque éramos niños y niñas muy sanos de mente y de salud. Caminábamos descalzos no porque no teníamos zapatos, sino que era más rico andar así y no nos quemábamos los pies, una niñez muy bella y sana.

Cuando tenía nueve años, mi mamá decide llevarnos a vivir a la capital, San José, a Jardines de Cascajal carretera a Desamparados. No nos dejaba salir a la calle porque decía que nos podían robar o hacer algo malo. Después de ser libres y jugar en las calles, llegamos a vivir en un encierro

enfermizo, cuando llegábamos de la escuela a la casa, con mis primas y mi hermana, empezábamos a ver qué hacíamos para distraernos.

Nos dimos cuenta de que en la casa junto a la nuestra varios niños veían algo por la ventana, le pedimos permiso a mi mamá para ir a ver qué era. Llegamos donde estaban y también nos pusimos a observar, en eso sale una señora y nos dice que tenemos que pagar una peseta cada una, si no nos teníamos que ir, no teníamos dinero así que nos tuvimos que regresar a la casa y le dijimos a mi madre que cada una tenía que pagar una peseta para ver lo que estaban dando en un aparato raro. Mi mamá dijo que ella iba a hablar con la vecina para preguntarle qué le atrae tanto la atención a los niños para estar parados al frente de la ventana mirando para adentro de la casa de ella.

La vecina le explicó que ella tiene un aparato que se llama televisión y en las tardes dan fábulas especiales para los niños, por eso es que ella les cobra una peseta para que la vean. Mi mamá al día siguiente nos dio la peseta a cada una y nos fuimos a ver las fábulas en frente de la ventana de la casa de la

vecina. Era como de cuatro de la tarde a cinco, después de que terminaban las fábulas, la dueña de la casa cerraba las cortinas para que no viéramos más la televisión.

Nos hicimos adictas a ir al frente de esa ventana todas las tardes. Después de un tiempo, mi mamá nos dio la sorpresa de haber comprado una televisión y ya no veíamos solo las fábulas, sino que también otros programas aptos para menores de edad. Mi padrastro era demasiado estricto, si decían que ese programa no era apto para menores no podíamos verlo, teníamos que salir de la sala a hacer alguna otra cosa, menos ver la televisión.

La experiencia de estar frente a esa ventana nos introdujo a la tecnología. Extrañaba mucho mi hermoso Barrio El Carmen; sin embargo, cuando pasaron los años, me di cuenta de que teníamos un futuro mejor en San José, diferente claro, pero nos acostumbramos al cambio. Yo creo que el hecho de estar parada frente a una ventana me hizo valorar todo lo que mi madre hizo por nosotras, ella siempre quería lo mejor para sus hijas.

## Atareco

Hola, yo sé que muchos de ustedes no saben quién soy, me llaman Atareco. Les puedo decir que soy un cencerro o campana que cuelga en el cuello de los animales de granja, tales como cabras, ovejas y vacas.

Me usan en ganaderías grandes y expansivas que están a lo largo y ancho de los potreros. Sirvo para que el ganadero pueda identificar y localizar al animal que me porta en las pasturas grandes. Estoy hecho de chapa de cobre y hierro, soy pequeña y tosca como pueden ver en el ejemplo que les trajo Ana Victoria.

Hace sesenta años que una amiga de Ana Victoria me colgó por primera vez en el cuello de una vaca en una granja de Boise, una ciudad de Idaho en Estados Unidos. Su amiga Gina me regaló para que me trajera a Costa Rica de recuerdo, le dijo que me regalaba para que siempre se recordara de su buena amiga. Ella le contó que yo tenía

sesenta años y que cada vez que tocara la campana se la acordaría, es así como llegué a Costa Rica.

Ana Victoria me ha tenido ya por siete años y espero que me tenga por muchos años más. Nos conocimos en Boise durante sus dos años de estadía y viví todo el proceso de su retiro, después nos mudamos a este hermoso país donde estamos ahora.

Me gusta mucho el clima de aquí porque no siento tanto frío como sentía en Idaho, estoy muy contenta con mi nueva dueña y espero pasar muchos años más en Piedades Sur de San Ramón, de adorno en su biblioteca. Ahora ya saben, cuando oigan la palabra Atareco se van a acordar de mí, una campana con un sonido muy especial que no estresa a ningún ganado.

Hasta la próxima, su amiga, Atareco.

**LUZ MARY  
MONTERO  
BLANCO**

## Un calabazo lleno de amor

¿Quién no ha admirado un hermoso y colorido calabazo colgado en el corredor de una casa campesina?

Pues hoy les contaré la vida de un calabazo. Este vivía con su dueño en una pintoresca casa en medio del campo. Tenía un color café opaco y una hermosa cintura de avispa. Vivía feliz y orgulloso de ser tan afortunado y tener esa fisonomía y, además, un amo que lo quería mucho. Ambos formaban un gran equipo. Se sentía muy contento, pues sabía que las personas lo querían y admiraban.

—Es un calabazo muy útil, decía pues mi amo, cuando me llevaba al campo a sembrar esas hermosas eras multicolores, me llena de agua para calmar su sed. Sé

que tengo un corazón noble y lleno de amor por las personas, he aprendido a leer en sus rostros lo que llevan en su alma.

Este calabazo es de humilde condición y no le permitió a su dueño que lo pintarrajara. Dijo que no, porque en la sencillez está la grandeza. Siempre va prendido a la cintura de su propietario amarrado con un mecatito para que nunca se suelte. Es como un hijo de la mata llamada “mala madre”.

El calabazo prosigue su historia:

—Cuando vamos al sembradío, mi amo me oculta entre las matas de plátano desmayadas. Sé que me esconde por dos razones: una, porque soy muy valioso y me pueden robar (ya un amigo me contó las peripecias que pasó en un descuido de su amo) y, dos, porque así mantengo fresca el agua que llevo dentro de mí y que calma la sed de mi dueño.

—Me siento muy feliz de ser útil porque ¿qué sería de mi vida si no me ocupara? Soy un calabazo lleno de amor que abre su corazón a la vida y recibe de ella cuanto quiera darle. Ah... se me olvidó contarles que existen calabazos muy diferentes entre sí... como las personas. Los hay pequeñitos, grandes, redondos, alargados, acinturados (como yo). Una vez un amigo me contó que a él le hicieron unas rayitas en la panza y dos huecos en la espalda y que andaba de baile en baile al son de las guitarras.

—Soy dichoso porque hay que disfrutar lo que se hace y yo aprecio mi trabajo, pues considero que cada calabazo, con su forma particular de ser, tiene una misión que cumplir en la vida.

## A la orilla del mar

En el paso de niña a adolescente se viven muchos cambios que marcan la vida de una persona. Quizás este paréntesis de mi vida tenga tanta importancia para mí porque no tuve en esas fechas amigos que compartieran su sentir ni escucharan mis sentimientos, anhelos y alegrías. Siempre viví rodeada por mis hermanitos, quienes eran mis compañeros. Mis padres, con sus trajines cotidianos e inmersos en sus múltiples quehaceres, no tuvieron tiempo para dialogar conmigo, pero sí fueron los mejores padres del mundo: personas honradas y trabajadoras siempre al lado de sus hijos, cuidándonos y apoyándonos. En ese lugar, cuyo nombre es Guacalillo, viví cinco años de mi vida. Dos de escuela y tres de ocio por la nula disponibilidad de transportarme a un colegio.

El sol, el sonido del mar, los caracoles, los pajarillos, las palmeras, su quietud y sus estruendos, quizás moldearon

mi apacible carácter. El sol, la arena, la playa, el vaivén del mar eran siempre los mismos y los escasos turistas que venían de vez en cuando a vacacionar interrumpían la cotidianeidad.

De Guacalillo tengo muchos recuerdos que hoy desempolvo en estos escritos y que extraigo de los recovecos de mi memoria. El tiempo libre —que era mucho— lo utilizaba para leer los escasos libros que lograban caer en mis manos. Por ejemplo: los libros de Escuela para todos, las novelas de vaqueros que le heredaba mi tío Quincho a papi y el libro Alborada de sexto grado.

Esos años de desocupo me parecieron siglos... sol, arena, mar, horas interminables caminando por la playa sola con mis sueños, viendo la inmensidad del mar. Añorando tiempos futuros y mejores: de ilusiones, de prosperidad, de estudio y satisfacción personal.

A pesar de la inmensidad del mar, del sonido del mar que me encantaba, de la playa que recorría siempre, me sentía atrapada como los peces en las redes. Tenía todo mi tiempo, pero no tenía nada provechoso por hacer, mis ilusiones, mis sueños se esfumaban, sentía cómo la vida y los sueños se me escapaban de entre las manos. Tiempos idos, sueños rotos, espera interminable del saber.

Las diversiones que practicaba en ese lugar eran muchas, así llenaba mis aburridas horas. Les contaré algunas de esas distracciones.

Armaba muñecos: por aquí un cuerpo, por allá una cabeza, ahora unos brazos y al fin, las manos. Muñeca armada (ya podíamos jugar de casita en los árboles de almendros). Estos tenían distintas gradaciones, que se nos antojaban una casa y ahí jugábamos. Recogía frutos en la soleada y luminosa mañana: nances, guanábanas, mangos, dulcísimos, marañones... sacaba almejas a la orilla del mar para que mamá nos hiciera arroz, sacaba ostiones del peñón y machacaba almendras secas... una delicia al paladar.

Recuerdo cómo me gustaba andar a caballo en la yegua Cholita. Llevaba a mis hermanos a la grupa, era muy entretenido. También escuchaba música en la radio (único instrumento tecnológico para el esparcimiento), canciones rancheras que escuchaba todas las mañanas del mundo, de hecho aprendí la letra de muchas de ellas, novelas radiales como Chucho el roto y programas como Rafaela, Chona y Tranquilino... y Radio Periódico Reloj para saber algo del acontecer nacional.

Definitivamente, esa fue una época inolvidable de mi vida, hoy la recuerdo con nostalgia. Posteriormente, regresé a ver al Guacalillo de mis recuerdos y, de ese, no queda nada... ni siquiera pude reconocer el lugar exacto donde se ubicaba esa finca.

**SONIA  
HERNÁNDEZ  
SÁNCHEZ**

## **Un lapicero de tinta negra**

El hilo negro, el hilo con forma de escritura que deja cuando escribo. El rastro de tinta que reposa sobre el blanco papel y semeja al hilo que se prensa en una aguja fina de coser. Un hilo, que antes que nada es memoria, es promesa de una vida muy antigua, pero que continúa por el presente.

Recuerdo la primera vez que signifiqué algo diferente para unas manos deseosas de tejer historias. Pasó algo que no he olvidado. Al patrón le pidieron que diera un lapicero para escribir los hilos del conocimiento. Este, como tacaño y sabelotodo, no se dio por vencido y de allí le surgió un no rotundo.

Era el momento de empezar a escribir con conciencia, imaginación y con la libertad que desde la mina explotaba. Era el momento único, aquel que implicaba un cambio para el alma de una joven estudiante.

Sin pena, de parte de esas manos deseosas de sujetarme, como un cuchillo cortando el nazareno, a sus puertas llegó el trabajo liberado que le permitió comprar la libertad. Recuerdo imborrable la cara de esa joven, cuando por primera vez trazó los desafíos para seguir tejiendo las historias de dolor, dejaba el rastro de los hilos negros pintados, en papeles blancos y de colores.

Así, muchas noches y muchas madrugadas las compartimos; cartas dirigidas al amor distante. Complicidad que, a esas horas silentes me llevaba al encuentro con ella, confesando la pasión del verdadero amor. En cada inicio de un relato cotidiano, sobre la hoja en blanco, permanecía unos

segundos con los ojos fijos sobre mí y siguiendo el hilo de la escritura que iba trazando sobre el papel, arrancaba su furia, explotaba dolor y sus lágrimas se encargaron de disipar los sabores amargos de su piel. Así transformaba a la joven valiente, libre de sus ataduras. Recuerdo la tinta negra, trazando la escritura de los desvelos y fracasos de la niña, la joven y de la mujer grande, ayudándola a ser mejor.

He sido el encargado, sin que se interrumpa ese hilo de escritura y de memoria. Y, aún hay otra cosa: es con mi presencia que se guardan años de historia y esto es un asunto crucial para la humanidad. Porque el lapicero de tinta negra, azul, roja o de cualquier color, trazado en el papel, es el alimento del secreto de la vida, el único que, con las demás personas, concibe diálogos sin estar presentes.

## El amparo

En menos de una semana estaba instalada. Fui organizando el lugar que me diera quietud, que me devolviera la seguridad de que lo que hacía era mío, me pertenecía, que me espantara miedos, que me diera fuerza para creer en mis anhelos de escritora y, sobre todo, que me albergara como emigrante del grupo de hermanos, quienes a diario hacían burla de mi comportamiento como estudiosa.

Apenas aprendí a leer y a escribir encontré el refugio donde me inspiré en la lectura de los cuentos aprendidos en la escuela. Fue en el baño instalado en el patio de la casa. Era grande para lo que yo necesitaba, una guarida donde escapar del hostigamiento de mis hermanos. Tenía una división que nos permitía de un lado ducharnos y del otro dejar la ropa. El refugio ideal para mis aspiraciones. Fue en aquel momento como tener a mi disposición una casa entera con divisiones: un lado para mis útiles y el otro donde me albergaba para escribir.

Fue aquí donde encontré seguridad y aliento, pude constatar que nadie me atisbaba... nadie por allí se asomaba. En este rincón del baño encontré magia, silencio, reparé luz en el túnel de las ideas, sueños y fantasías... fue un lugar para escribirme y contarme los cuentos y demás cuentos.

Recuerdo de siempre a mi madre, después de pasar el agobiante trabajo de la mañana que le representaba mucho estrés, sentarse en una mecedora, con un cigarrillo en su mano, con una lectura que bien podía ser un periódico, aunque no fuera del día, una revista o un libro que le hubiera prestado algún vecino. Momentos que para mí también representaron descanso, por lo que inmediatamente de esta escena, me dirigía casi de puntillas a mi refugio de escritura. Un tejido familiar que da inicio a mi deseo, a mi fuerza de ser la niña inteligente.

**HILDA  
BOGANTES  
HIDALGO**

## **Vagos recuerdos de mi niñez**

Un día, 22 de noviembre de 1951, nací, eran las doce del día y se celebraba el día de Santa Cecilia patrona de las músicas, por tal motivo se escuchaban bombetas, música y mucha algarabía. Fue en Esparta, en ese entonces así se llamaba la ciudad, hoy su nombre es Esparza, nací en un barrio llamado “Rabo de mono”. Como mi abuela era partera, ella ayudó a mi madre a traerme al mundo, dicen que por haber nacido ese día mi segundo nombre es Cecilia, ya que era costumbre poner el nombre del santo a los niños. Por eso, al igual que Santa Cecilia, soy alegre, me gusta la música y pasear.

Cuando era niña disfrutaba mucho al lado de mis nueve hermanos. Los domingos, los varones iban al río a traer garrobos y huevos de iguana, mientras que mi madre y hermanos mayores preparaban el fuego que consistía en cuatro piedras y se atizaba con leña. Ahí preparaban los garrobos, los cuales comíamos con gran gusto, al igual que los huevos de iguana. No podía faltar el postre, miel de yuca, lo hacía mi hermana Emilce.

Cuando no íbamos al río visitábamos a mi madrina en su finca, San Juan de Esparta. Íbamos a pie, durábamos unas dos horas para llegar, llegábamos a la finca y saludábamos a la madrina y al padrino, lo hacíamos como nos habían enseñado, nos poníamos de rodillas y les decíamos: “Buenos días padrinito y madrinita, benditos sean”.

Salíamos corriendo a jugar en la finca resbalando con una tabla enjabonada por un cerro. Nuestras risas y llantos se escuchaban a lo lejos, puesto que en ese sitio había eco, nos gustaba hacer sonidos para que el eco nos los devolviera. Luego íbamos a disfrutar de los frutos que nos ofrecía aquella querida finca: coyoles, mandarinas, mangos, jocotes, marañones, caimitos, nísperos y muchas frutas más, las cuales comíamos sin dejar de probar una. Por la tarde, mi madrina, quien se llamaba Rafaela, nos daba aguadulce con tortilla y queso, cuando ya era tarde y para que no nos oscureciera preparábamos el regreso a la casa de mi madre. Mi madrina nos preparaba unos saquitos blancos en los cuales depositaba yuca, maíz, frijoles, cuajada y muchos alimentos para llevar a nuestra casa. Al llegar a nuestro hogar, mi madre se ponía feliz de vernos, también se alegraba por la carga que traíamos, ya que con esos alimentos pasábamos el resto de la semana.

## La muñeca negra

Llegué a su vida cuando apenas era una niña de quince años, su hermana siempre la escuchaba decir “quiero una muñeca negra”, no sé las razones, pero ella la complació al cumplir la primavera. Con gran alegría vio su deseo realizado, la muñeca negra de vestido rojo y colas acolchadas semejando dos grandes moños.

La felicidad de la adolescente era indescriptible, me colocó en un lugar privilegiado: la veladora de su cama. Ahí pude compartir el día a día de ella, muy temprano se levantaba, ya fuera para ir al colegio o para ir a trabajar, ya que ella desde la edad de siete años ayudaba a su otra hermana y a su esposo en un estudio fotográfico. En este lugar limpiaba el piso, los vidrios y ayudaba a cortar las fotos con una guillotina con la cual daba la forma a cada fotografía y se archivaba con el negativo para entregar al cliente y este quedara satisfecho. Además, le correspondía ir al mercado municipal a hacer las compras de carnes y verduras, ella sabía muy bien hacer las tareas que se le asignaban. En la casa, llegaba a ayudar con el almuerzo y otros quehaceres, aprendizaje que ella agradecía porque a muy temprana edad contrajo matrimonio.

Nos fuimos a vivir a otra ciudad muy diferente de la vivíamos, esta vez me tocó, como dije, otro lugar privilegiado en una repisa frente a la entrada de la casa. Desde ahí, podía ver toda la dinámica de la familia: quién entraba, quién salía, las visitas. Nos costó mucho adaptarnos al nuevo clima, ya que venimos de Puntarenas y San Ramón tiene un clima frío, en ese entonces era demasiado frío. La niña adolescente experimentó una nueva vida llena de obligaciones y sinsabores. Llegaron los hijos muy pronto y la adolescente no sabía nada de niños, le costó mucho sacarlos adelante, pero lo logró a costa de sacrificio, esfuerzo y, gracias a que aprendió a trabajar desde niña, pudo salir adelante sola con sus hijos, pues su matrimonio no duró mucho y siempre yo de espectadora de todo lo que sucedía en su vida.

**GUILLERMO  
HERNÁNDEZ  
MIRANDA**

## **Lo Viejo**

Al ver la chatarra de lo que fue un autobús de aquellos tiempos me recuerda lo que fue la juventud de nosotros.

El autobús nos representaba con su modelo nuestra juventud, era un vehículo con su presentación bien bonita, de colores brillantes y bien parados con un motor potente y bien calzado.

Así defino yo lo vivido por nosotros en los años mozos, cuando nos creímos lo mejor de nuestros tiempos, que fueron bien aprovechados porque dimos frutos y lo mejor de lo que fue nuestra vida.

Defino así lo viejo y a donde vamos a parar con nuestro tiempo.

## Los paseos de nuestros tiempos

De nuestra infancia y adolescencia tengo en mis recuerdos los paseos de fin de año, tanto los de la escuela como los del colegio. Los primeros fueron los más inocentes y angelicales, no había malicia para nada, éramos obedientes con la maestra, que era para nosotros la máxima autoridad. Esos paseos eran bien disfrutados; en otras palabras: éramos los chiquillos más dóciles de nuestra era. También éramos agradecidos por llevarnos a los diferentes lugares del cantón como, por ejemplo, cuando íbamos al cerro Tremedal donde había potreros y nos resbalábamos en cartones; además, visitábamos posas de diferentes ríos. Los maestros de esos tiempos eran como nuestros segundos padres: entregados a la verdadera educación.

Los paseos del colegio eran más de adolescentes, más de muchachos jóvenes que empezábamos a descubrir nuevas experiencias: los estudios eran de otro estilo, nos picaba ya la idea y el deseo de una relación de pareja, como cuando empieza a nacer el cupido en cada uno de nosotros, fueron los mejores tiempos.

Pero no se quedan atrás los paseos de familia a visitar tíos y tías, a conocer primos y primas, también a conocer otras ciudades y hacer nuevos amigos. La forma de comunicarse era por cartas, así eran las buenas relaciones. Las visitas eran de ida y vuelta, así disfrutábamos nuestra juventud. Nosotros aprovechamos todos los momentos para hacer amigos.

La vida de nuestros tiempos era muy sana, escuchábamos la radio donde se transmitían las novelas, en la noche hacíamos juegos en la calle o sino en los patios de nuestra casa. En aquellos momentos estábamos muy controlados por los hermanos mayores y nuestros padres.

## Trabajos de tripulantes en lancha

Eran los años setenta, me tocó trabajar como tripulante o marinero en una empresa de lanchas de cabotaje, que eran las que transportaban comestibles a zonas remotas de la costa del Pacífico Sur y de vuelta se traía mangle de los manglares, que se usaba para teñir cueros, también granos y uno que otro animal que sacaba para Puntarenas. Yo desempeñaba como contador de lo que se vendía y se compraba, y en las tardes nos quedábamos haciendo bahía para descansar frente algún aldeano y lo visitábamos para tertuliar. Ellos nos contaban las historias de los indios y piratas que usaban la zona para esconder los hurtos que hacían en otros países.

La historia de Drake es el cuento de cuevas que dan al mar, ahí es donde los indios guardaban el oro que trabajaban y alguien se metió en la marea de bajante porque lo descubrió, pero no sabía lo que le iba a pasar. Cuando estaba adentro y estaba echando en sacos de oro, alguien le dijo, “coje todo lo que quieras, pero no vuelvas porque no debes volver”. Si uno volvía, el mismo mar se encargaba de no dejarlo salir jamás porque la marea subía y lo ahogaba.

Isla Violines; en los años cincuenta unos ladrones del Perú llegaron después de haber asaltado una iglesia. Habían guardado su riqueza en la isla, pero al final todos se pelearon y se mataron entre ellos, solo quedaron dos hombres malheridos y volvieron después por el tesoro. Uno fue a Panamá y el otro a San José, aunque se enfermó y buscó a un amigo con quien dejó su tesoro. Casualmente, esta historia fue confirmada años después por su hija, quien no pudo recuperar el tesoro de su padre, pues se lo dejó su amigo. Después, supe que encontraron una pepita muy grande, la más grande de Costa Rica, justamente, en la Isla Violines, pero no era del tesoro: ahí había oro.

Por último, recuerdo la vez que pasamos cuarenta y ocho horas con mal tiempo y no podíamos salir. Cuando llegamos me dijeron: vaya llame a Rita. Resulta que a mi esposa, Rita, se le había muerto el papá. Por esto, no fui al siguiente viaje a Coyote, finca la Javilla. Por suerte no fui, pues resulta que de vuelta a mis compañeros se les hundió la lancha en Puntarenas. Para no estresar a mi esposa, no volví a viajar. Por esta razón, no compré una finca de dos mil hectáreas que me querían vender en dos mil pesos; por no volver no la compré.

**ROSA MARÍA  
MORA  
VILLALOBOS**

## Historia I

Mi hermana es una mujer humilde y valiente. En el transcurso de los años se ha esforzado por salir adelante y economizar todo; así todo se aprovecha y se aprecia, se cuida, se limpia, se remienda y se usa. Ella me ha querido mucho y me trata muy bien. La llamamos Nia porque nuestro hermano no podía decir Eugenia María y así la apodamos desde entonces.

Recuerdo que una vez pasando las vacaciones en Zarcero, en un lugar llamado Barranca de Naranjo, ella cruzaba el riachuelo, lo que era muy común en el campo porque donde quiera había un riachuelo en el camino. Iba con mi hermano alzado y con una docena de huevos que

mi madre había mandado a conseguir para echarlos a una gallina que estaba culeca. De repente resbaló y cayó de espaldas, se embarrialó y por el impacto de la caída soltó al niño, quien salió ileso, esa es la ventaja de un resbalón, ¿lo has experimentado alguna vez?

A mi papá le ocurría a menudo, resbalaba, caía acostado con sus noventa años se levantaba como si nada hubiese sucedido.

¿Qué les estaba contando?

¡Ah! La caída de mi hermana.

Los sauces son testigos del susto que se llevó. Sí, los sauces llorones que todo lo saben. Fui hasta el riachuelo y me pregunté por qué se agitaban tanto sus ramas como cabellera, será que el viento azota más fuerte. Estaban tristes y yo quería saber la razón, por lo que me acerqué a ellos y les pregunté:

—¿Por qué lloran si todos estamos bien?

Aún con lágrimas en los ojos respondieron:

—Si caminaran entre nuestros troncos e hicieran ahí nidos, comerían lombrices cerca de las lianas. Tan importante la vida y tan pronto que se acaba, ya no veremos la ternura que traen los polluelos al nacer. La vida es tan linda, cómo pudo suceder, por qué debatir un tema tan real, la vida es entregada y le pertenece a quien se le dio. Lloramos, decían, porque aquí no vendrán y porque sus sueños han sido truncados antes de nacer.

Y lloraban y lloraban y lloraban, rompiendo el silencio. El agua cristalina ya corría por mis pies limpiándome el pecado del que hereditaria era. Durante mucho tiempo la luna los oía filosofar. Era muy pesado el mundo para cargarlo solo, aún no era muy adulto para poderles hablar.

Sonriente y temeroso una noticia les quise dar: ¡Los huevos a la gallina fueron entregados ya!

## Historia II

Cuando estuve en primer grado, en la escuela Jorge Washington, la maestra Lidela Salas de Pizarro nos asignó un ejercicio en el que debíamos escribir muchas letras a partir de una que ella nos escribía en la pizarra.

Cuando llegamos a la “t” minúscula yo la había hecho tan grande que abarcaba tres renglones. La maestra se acercó, observó mi trabajo y me dijo: “no olvide ponerles el palito a todas porque si no está, entonces tendría todo el trabajo malo”.

Y yo que estaba acostumbrada a que me dijeran que todo estaba bien, astutamente miré el trabajo de mi compañera y me di cuenta que ella sí estaba poniendo el palito a todas y que la maestra había elogiado su trabajo.

No sé cómo un maestro se toma tantas atribuciones, si yo no estaba de acuerdo, ella debía respetar mi decisión, porque no se puede confundir jamás la “t” con la “l”, pues la “t” tiene una curvita abajo, mientras que la “l” es completamente recta.

¡Lo hice! Puse todos los palitos a la “t” y con enojo lo entregué para que la maestra me lo revisara. Tuve todo bueno, pero aún no estaba convencida de que lo que había hecho era un error.

Así aprendí a escribir y hacía grandes textos con el único lapicero que mi mamá me había dado, era rojo o con algún lápiz que mis hermanos dejaran por ahí. Recuerdo que copiaba largas frases, extensas oraciones que siempre se las llevaba a mi mamá para que me las leyera. Más que lo que decía la frase a mí me emocionaba el hecho de saber escribir.

Una vez, preparé un texto espectacular para mi mamá y se lo llevé cuando estaba cocinando las tortillas para que las leyera.

—Mami, ¿qué te ha parecido?

—Espera, aún no lo leo todo.

Quedé ansiosa, esperé por mucho rato. El papel no había sido suficiente para los kilómetros de tinta roja en las hojas. De seguro era bueno, porque era demasiado grande, esperaba la respuesta de mi madre.

— “¿Le habrá encantado? No puede negar todas las bonitas palabras que allí hay”.

Pensaba mientras la máquina de moler giraba y mi papá le echaba agua. Salía una masa consistente, blanca, que se convertiría en tortillas, yo esperaba. Los elotes estaban tiernos, tenían mucho líquido.

Pasaba y pasaba el tiempo, mi mamá no había leído el texto. Y yo expectante a su respuesta. Quería saber si al menos aquello que escribía se parecía a mi pensamiento. Pensaba que posiblemente ese texto mi mamá lo enseñaría a las vecinas, a los compañeros músicos de mi papá, para que supieran todo lo que había escrito.

Nos llamaron a la mesa, comimos tortillas y chorreadas.

El sol aún se escondía entre las nubes blancas, eran testigo de un largo día caluroso y soleado que nos llamaría al descanso y a la unión familiar. Dos pejibayes para cada uno, dos chorreadas con natilla y café. Eso comíamos, eso nos alimentaba. Éramos muchos, por lo que todo estaba restringido y contado.

Entonces, mamá se levantó de la mesa y yo aproveché para preguntarle:

—¿Leíste el texto?, ¿qué te pareció?

—Muy bonito, hija, muy bonito.

Yo no lo creía, estaba tan emocionada que aún todavía me brillan los ojos de la alegría que me produjo aquel comentario.

**MARIELOS**  
**VARGAS**  
**UMAÑA**  
**VILLALOBOS**

## La gata Narcisa

Entre los ires y venires por la alameda y sobre los tejados vecinos la gata Narcisa había pasado los años más felices de su gatuna vida. La luna, amiga y acompañante de sus nocturnas travesías de un extremo al otro de la ciudad, como si los jardines, parquecillos y callejones le obsesionaran. Narcisa era descendiente de angoras, de pelaje tupido y largo, ojos azules fugitivos de la luz del día, período durante el cual dormía tendida sobre un afelpado sillón. Era aún bebé cuando mi tío la trajo a casa, mi padre a regañadientes la aceptó, porque no era amante de los gatos, decía que eran vagabundos y golosos. Pero mi madre consentidora si la dejó quedarse.

En las tardes de invierno le gustaba quedarse frente a la ventana y mirar cómo saltaba la lluvia en el jardín.

Cuando mis primas venían de vacaciones el objetivo seguro de diversión era la gata, corretearla y jugar con ella, no escapaba a nuestros juegos algún quebrado de mi madre, por supuesto Narcisa escapaba por donde primero podía y nosotras escuchábamos los regaños.

Le gustaba dormir en mi regazo o tenderse a los pies de mi cama.

Compañera de mi infancia, fui creciendo y ella se tornaba un poco más madura, algunas veladas en las que se encontraban reunidos mis hermanos mayores por una fecha especial Narcisa pasaba corriendo detrás de algún pobre ratoncillo por el patio, entonces alguien comentaba: "¡Qué buena cazadora!" Pero como todo buen gato también atrapaba de vez en cuando algún pajarillo.

Cola al viento paseaba por los muros regresando con olor a musgo. Pasaron los años... tenía yo mis mejores primaveras y Narcisa su edad avanzada, se volvió quisquillosa, delicada, no corría tanto como antes, ya no saltaba tras los grillos ni salía por los techos. Se le marchitó la mirada, sus bellos ojos azules ya no brillaban al mirar las avecillas en el naranjo, fue después de una Navidad que se quedó silenciosa y acurrucada en el viejo sillón de felpa. Sus huellitas de lodo quedaron por donde van los gatos después de esta vida.

Mis lágrimas cayeron sobre su suave pelo. Un vientecillo entró por la ventana, afuera alguna avecilla cantó.

Aún recuerdo a Narcisa.

## Monólogo recuerdos de una niña

Del camino viejo me queda el recuerdo, de infancia de niña persiguiendo sueños, mañanitas frescas camino a la escuela.

Contaba mi madre que los años veinte fueron los albores de esta nuestra escuela, caminos de barro, caserío escaso, con olor a pueblo sembrado entre cerros, gentes humildes, los antepasados buscando el progreso.

Tal vez esa niña que cuenta la historia soy yo, corrí los senderos cansados del tiempo, vi crecer mi pueblo y tuve ilusiones en cada momento, compartí confites, tosteles, chicles y fueron mis juegos rayuela y quedó, recorrí los potreros como campanita que cantaba al aire.

En tardes de lluvia, después de la escuela, escuchaba historias y volaba entonces mi mente, a tiempos remotos de carretas, de velas de cera, de la calle vieja de helechos dormidos colgando a su vera, pájaros tristes al anochecer que traen mala suerte decían los rumores. Pero yo detrás de aquella ventana oía las lechuzas en las noches claras cruzar como flechas el verde jardín, nunca sentí miedo.

Amaba la luna, el búho, el grillo, no creía en brujas ni el duende fisgón. Tenía alegre el alma, peinada de trenzas, franca mi sonrisa, me robé un tesoro de mi bella aula: el arte, las letras y en mi corazón quedó la palabra, el verso, la canción.

Pasaron los años y la vida en algún momento me hizo llorar, frunció mi ceño y mis ojos tristes vieron el dolor posarse a mi lado. Pero detrás de aquella ventana tan mía miré mi niñez llena de alegría, mis maestros, mis padres, mi salón de clases y sonreí de nuevo, recobré las fuerzas, me puse de pie. En aquella mesa con flores y libros encontré la paz, un viejo retrato devolvió mi infancia, me trajo mi ayer, prosiguió mi rima, los veranos rosa, la garuba bañando mi cara. Extiendo mis manos tocando el espacio, percibo el aroma que lleva la brisa de ciprés mojados. Miro la calle, hay cantos y fiesta de chicos saltando, me meto en la noche vestida de estrellas y de amaneceres.

Del camino viejo, me queda el recuerdo.





